

## CÉSAR Y LA SACRALIDAD DE LAS AGUAS

SANTIAGO MONTERO

Gran parte de la vida militar de César, especialmente durante la conquista de la Galia, transcurre en los ríos o en largas travesías marítimas. Muchos fueron los combates librados por el control de los puentes o de las embarcaciones amarradas a sus orillas. Los ríos, el Mediterráneo y el Océano fueron escenario de enfrentamientos que tiñeron sus aguas con sangre de los enemigos pero también de los propios romanos, lo que en Roma no dejaba de ser, por cierto, un inquietante prodigio: "...o el bárbaro Rin teñido de sangre malherido conduce cadáveres en sus aguas quejumbrosas" escribe el poeta Propertio (III 3,44-46), en alusión a la campaña de César en el 58 a.C. contra las tribus germanas de Ariovisto.

El mar, los ríos, fuentes y lagos eran considerados como divinidades por parte de los pueblos bárbaros, galos y germanos, pero también de los propios romanos. Los ríos galos fueron objeto de culto cuya popularidad atraía no solamente a los navegantes. Las fuentes y la epigrafía testimonian, entre otros, los cultos a los ríos Sena, Marne, Yonne o Saona. De forma análoga, muchos ríos de Italia fueron tempranamente divinizados: el Tíber (*Tiber* o *Tiberinus Pater*), el Po (*Padus Pater*), el Numicus, el Clitumnus. "Un fleuve romain ou italien est beaucoup plus qu'une entité géographique: c'est un dieu, du plus puissant au plus infime cours d'eau", afirma J. Champeaux<sup>1</sup>. Tampoco Roma tardaría en reconocer la divinidad de ciertos ríos de la Galia o de Germania, como el propio Rin.

<sup>1</sup> J. CHAMPEAUX, *Le Tibre, le pont et les pontifices. Contribution à l'histoire du prodige romain*, "REL" 81 (2004), 25. Sobre la sacralidad de los ríos: S. KLEMENTA, *Flussgotter. Gelagerte Flussgötter des Spätellenismus und der römischen Kaiserzeit*, Köln - Weimar - Wien 1993; P. KOWALEWSKI, *Flussgötter und ihre Attribute auf antiken Münzen*, en G. WIPLINGER (ed.), *Cura Aquarum in Ephesus. Proceedings of the Twelfth International Congress on the History of Water Management and Hydraulic Engineering in the Mediterranean Region (Ephesus / Selçuk, Turkey, oct. 2-10, 2004)*, Wien 2006, 3-13. Los espíritus tutelares de fuentes, ríos y lagos gozaban de una amplia veneración entre los galos: cfr. J. VENDRYES, *La religion des Celtes*, III, Paris 1948; P.M. DUVAL, *Les dieux de la Gaule*, Paris 1957. En particular sobre los ríos en la obra de César: J.-Y. GUILLAUMIN, *Les flumina chez César*, "Latomus" 46 (1987), 755-761.

## *El paso del río*

Todo ello nos obliga, en fin, a preguntarnos cuál fue la actitud de César ante la sacralidad de las aguas y si ésta fue respetada por sus planes u objetivos militares. La consideración de dioses atribuida a las grandes corrientes fluviales por parte de las tribus galas y germanas – e, insisto, también por los propios romanos – viene explicada por las propiedades curativas y nutricias de sus aguas así como también por sus funciones adivinatorias que explican las prácticas hidrománticas. Mientras César las silencia en *BG I 50,4-5*, Plutarco dice que en vísperas del enfrentamiento entre César y los germanos de Ariovisto en la campaña del 58 las sacerdotisas (ἱεροὶ γυναικες) “adivinaban el porvenir dirigiendo sus miradas a los remolinos de los ríos y extrayendo indicios de los torbellinos y chapoteos de la corriente de agua”<sup>2</sup>. No obstante, también los romanos creían deducir el futuro inmediato a través de la fuerza de las aguas y, especialmente, de los desbordamientos del río.

La condición sacral de ciertos ríos se explica, igualmente, por su función como límite o frontera natural entre pueblos, provincias o estados: “...les limites de l'espace céleste ou terrestre, sont des limites religieuses” escribió A. Rouselle<sup>3</sup>. Es obligado recordar aquí el viejo pero utilísimo estudio de Renata von Scheliha, *Die Wassergrenze im Altertum* (Breslau 1931) al que remito. Por esa razón no eran infrecuentes en el mundo antiguo los pactos o tratados entre dos estados a orillas del río fronterizo e incluso la mención de los ríos en los tratados – junto a otras divinidades – en calidad de testigos. Surena pidió a Craso que se acercara hasta el río Éufrates para escribir los acuerdos entre el rey Orodes y los romanos (Plut. *Crass.* 31,4). A esa función de los ríos como punto de encuentro y testigo de un posible acuerdo con el enemigo recurrió también César. Recordemos, a título de ejemplo, el encuentro entre los ejércitos de César y Pompeyo en el río Apso para evitar la guerra (*BC III 19,1-4*).

Este aspecto nos lleva inevitablemente al debatido tema del paso del Rubicón, límite de Galia Cisalpina e Italia, en la noche del 11 al 12 de enero del 49. Para D. Poli, si «il fiume è per natura una linea confinaria, si carica

<sup>2</sup> Plut. *Caes.* 19,8: ἔτι δὲ μᾶλλον ἤμβλυσε τὰ μαντεύματα τῶν ἱερῶν γυναικῶν, αἱ ποταμῶν δίναις προσβλέπουσαι καὶ ῥευμάτων ἐλιγμοῖς καὶ ψόφοι τεκμαιρόμεναι προεθέσπιζον.

<sup>3</sup> A. ROUSSELLE, *Frontières terrestres, frontières célestes dans l'Antiquité. Presentation*, en A. ROUSSELLE (ed.), *Frontières terrestres, frontières célestes dans l'Antiquité*, Perpignan 1995, 14. Sobre la significación religiosa de la frontera romana, cfr.: B. GLADIGOW, *Audi Iuppiter, Audite Fines. Religionsgeschichtliche Einordnung von Grenzen, Grenzziehungen und Grenzbestätigungen*, en O. BEHRENDTS - L. CAPOGROSSI COLOGNESI, *Die römische Feldmesskunst. Interdisziplinäre Beiträge zu ihrer Bedeutung für Zivilisationsgeschichte Rom*, Göttingen, 1992, 172-191.

qui dell'ulteriore valore sacrale di essere limite fra mondo esterno (la Gallia) e interno (Italia)»<sup>4</sup>. El tema ha sido tratado exhaustivamente pero me gustaría hacer hincapié sólo en una de las consecuencias religiosas del paso del Rubicón: la aparición de prodigios. Las fuentes coinciden en señalar dos aspectos: la reflexión, larga y profunda de César, antes de tomar la decisión final y, después, una súbita inspiración divina (App. *BC* II 35: “y hablando como un inspirado lo atravesó de un impulso”; Plut. *Caes.* 32,8: “...Finalmente, como si se dejara llevar por un irrefrenable impulso irracional hacia el futuro”) pero insisten también en la aparición de algunos prodigios. De ellos (Luc. *Fars.* I 185 ss.; Plut. *Caes.* 32,8-9; Suet. *Div. Iul.* 32), como señala Canfora, el recogido por Suetonio parece el más fiable: un hombre de estatura y bellezas extraordinarias que haciendo sonar una trompeta, el mismo instrumento cuyo sonido había anunciado pocos decenios antes la llegada de un nuevo *saeculum*, cruzó a la otra orilla del río<sup>5</sup>.

En el mundo romano el paso de un río sagrado, especialmente si, además, tenía funciones limítrofes, venía acompañado con frecuencia de la aparición de prodigios. Recordemos el súbito descenso del nivel de las aguas del río Éufrates, al ser cruzado por Lúculo en el 69 (Salust. *Hist.* IV fr. 59-60; Plut. *Luc.* 2-5). Pero es posible que, en el 49, en el momento de cruzar el Rubicón, pesara mucho el recuerdo de Craso cuando, apenas cuatro años antes, en el 53, las enseñas de su ejército fueron englutidas y sumergidas en el Éufrates por una violenta tormenta acompañada de rayos y truenos como recuerdan innumerables fuentes<sup>6</sup>. Recordemos que su hijo primogénito luchó a las órdenes de César hasta el 49.

En cualquier caso la aparición de sueños, visiones o prodigios antes de pasar el río será una constante. Muerto César, uno de sus asesinos, Bruto, poco antes de la batalla de Filipos (otoño del 42), recibe la visión de un fantasma (su genio) “en el momento en que iba a hacer pasar a su ejército des-

<sup>4</sup> D. POLI, *Il rischio del transito*, en D. POLI (ed.), *La cultura in Cesare*, II, Roma 1993, 479. Cfr. también: N. BERTI, *Il Rubicone, confine religioso e politico, e l'inizio della guerra civile tra Cesare e Pompeo*, en M. SORDI (ed.), *Il confine nel mondo classico*, Milano 1987, 212-223. Omitiré la abundante bibliografía sobre el paso del Rubicón y sus consecuencias. La importancia que siempre tiene el “paso”, el “tránsito” de las aguas se desprende, por ejemplo, del siguiente pasaje de Veleyo Patérculo: *...Caesar, cum exercitu Rubiconem transit. Cn. Pompeius consulesque et maior pars senatus, relicta Urbe ac deinde Italia, transmissere Dyrrachium* (Vel. Pat. II 49,4).

<sup>5</sup> *Cunctanti ostentum tale factum est. Quidam eximia magnitudine et forma in proximo sedens repente apparuit harundine canens; ad quem audiendum cum praeter pastores plurimi etiam ex stationibus milites concurrissent interque eos et aeneatores, rapta ab uno tuba prosiliuit ad flumen et ingenti spiritu classicum exorsus pertendit ad alteram ripam. Tunc Caesar: 'eatur,' inquit, 'quo deorum ostenta et inimicorum iniquitas vocat'* (Suet. *Div. Iul.* 32). Cfr. L. CANFORA, *Julio César un dictador democrático*, trad. esp., Barcelona 2000, 165.

<sup>6</sup> Flor. I 46,4; Plut., *Craso* 19, 4-7; Dión Casio XL 17,3-19,2; Obs. 64.

de Abidos al otro continente” (Plut. *Caes.* 69,7), es decir, antes de atravesar el estrecho de los Dardanelos (el paso de Europa a Asia se efectuaba de Abidos a Sesto a través del estrecho) para regresar a Europa y oponerse a las tropas de Octaviano y Marco Antonio. Según Plutarco (*Caes.* 69,9) “tuvo una temible visión de un hombre de dimensiones desmesuradas y aspecto terrificante”, visión sobre la que el polígrafo vuelve en su biografía de Bruto. Pocos decenios después, durante el principado de Augusto, es Druso quien tuvo una visión a orillas del río Elba. Dión Casio señala que en el año 9 a.C., siendo cónsules Tito Quinctio Crispino y Druso (Nerón Claudio Druso, hijo de Tiberio), se produjeron prodigios desfavorables, entre ellos una tempestad y rayos que alcanzaron el templo de Júpiter Capitolino “y de las divinidades a él vinculadas” (se trata de *Terminus*?). Posteriormente tuvo en sueños una visión: “una mujer de grandeza sobrehumana que se le había aparecido le dijo: ‘¿Hasta dónde quieres llegar, insaciable Druso? No estás destinado a que veas todas estas tierras, vete, mejor, porque el fin de tus empresas y de tu vida es ya inminente’”. Druso desoyó esta advertencia e invadió el país de los chatos y, tras adueñarse con dificultad de Suebia, alcanzó el Elba destruyendo todos los territorios aunque la muerte no tardaría en sorprenderle (Dión Casio LV 1,3-4). Los ejemplos continúan a lo largo del Imperio.

Es posible que César admitiera el valor o la función de los ríos como límites, fronteras o confines siempre y cuando estas demarcaciones se adecuaban a sus objetivos políticos y al alcance de sus conquistas. Sabemos así que planeaba expediciones en el Danubio contra los dacios y en el Éufrates contra los partos (Suet. *Div. Iul.* 44 extr.) quizá pensando en fijar ambos ríos, junto al Rin, como confín del Imperio romano. En el *Bellum Gallicum* el Rin (que para los germanos era el límite del *imperium* del pueblo romano, *populi Romani imperium Rhenum finire*) se nos presenta como un corte esencial que marca una diferenciación entre germanos y galos. Según Jehne “para poder presentar como una empresa unitaria su conquista de la Galia hasta el Rin, César necesitaba hacer de la frontera del Rin no sólo un límite, sino también una “demarcación étnica”<sup>7</sup>.

Cruzar el río comportaba riesgos si no se hacía en condiciones de pureza y por ello en el mundo griego se llevaba a cabo un particular tipo de sacrificio conocido como *διαβατήρια*. En Roma también se tomaban habitualmente ciertas precauciones. Recordemos el sacrificio de un toro que realiza Lúculo al alcanzar la otra orilla del Éufrates (Plut. *Luc.* 2-5) o el de Trajano, junto a sus oficiales y tropa al alcanzar la otra orilla del Danubio, plasmado

<sup>7</sup> M. JEHNE, *Julio César*, trad. esp., Madrid 2001, 65.

en la Columna. Los estudios modernos de J.L. Desnier<sup>8</sup> también han puesto de relieve la estrecha relación establecida en el mundo indoeuropeo entre el cruce del río y, a modo de ordalía, la legitimidad política de los monarcas o jefes militares.

Ni los *commentarii* ni las fuentes grecolatinas aluden, sin embargo, en el caso de César, a la realización de sacrificios con ocasión del vado del río, con la excepción de Suetonio que menciona una ofrenda de una manada de caballos con motivo del paso del Rubicón<sup>9</sup>, lo que a mi juicio no parece responder a una tradición romana, sino griega. En Grecia se conoce como ἄφετος o ἄνετος al animal consagrado que se deja ir libremente. Para propiciar el paso de un río o para agradecer a la divinidad fluvial su tránsito, el ritual griego de la διαβατήρια prescribía un sacrificio pero también la posibilidad de liberar en su honor una manada de yeguas. No creo, sin embargo, que César llevara a cabo un sacrificio de este tipo, extraño a la tradición romana. En cualquier caso, el paso del Rubicón se nos presenta como algo muy excepcional pues en el tránsito de los innumerables ríos cruzados por el dictador en sus campañas, ni se presentaron prodigios ni tenemos constancia de la realización de sacrificios en honor de la divinidad fluvial.

### *La construcción del puente*

Ante circunstancias difíciles o adversas para cruzar el río a caballo, como era especialmente la fuerza de la corriente, César conocía algunas técnicas especiales destinadas a “desbravar” o restar fuerza a la corriente. Uno de los vados más célebres del dictador romano fue, sin duda, el del Támesis. Había llevado su ejército a los territorios de Casivelauno (caudillo de los britanos) durante la campaña del 54 a.C., a orillas del Támesis “río que sólo puede vadearse en su solo lugar, y aun eso con dificultad” (BG V 18,1). Al llegar allí advirtió que la otra orilla estaba guarnecida de estacas puntiagudas y clavadas en el fondo del río había otras semejantes, cubiertas por el agua. César envió delante la caballería, seguida inmediatamente por las legiones:

<sup>8</sup> J.-L. DESNIER, *Le Passage du Fleuve. Essai sur la légitimité du souverain*, Paris 1995; ID., *La légitimité du prince, IIIe-XIIe siècles. La justice du fleuve*, Paris 1997; ID., *Les débordements du Fleuve*, “Latomus” 57 (1998), 513-522. Sobre la διαβατήρια griega, cfr.: P. BUTTI DE LIMA, *Sui sacrifici spartani ai confini*, in SORDI (ed.), *Il confine...*, 100-116.

<sup>9</sup> “En los días próximos a su muerte [de César] le llegó la noticia de que las manadas de caballos que al atravesar el Rubicón había consagrado a este río (*equorum greges, quos in traiciendo Rubiconi flumini consecravit*) y dejado sueltos y sin guardián, rehusaban obstinadamente el pasto y lloraban copiosamente” (Suet. *Div. Iul.* 81,2).

“Y con tal rapidez y brío avanzaron los soldados, a pesar de no quedarles fuera del agua más que la cabeza, que los enemigos, no pudiendo resistir la acometida de las legiones y jinetes, abandonaron la orilla y se dieron a la fuga” (César *BG* V 18,5). César menciona el impetuoso ataque de la caballería durante el vado del río incapaz de ser contenido por los enemigos<sup>10</sup>.

Sin embargo, prefirió recurrir al cruce de los ríos mediante puentes de barca o puentes de obra. Uno y otro tipo de puente eran levantados con frecuencia en función de las necesidades militares, sometiendo así al río a su voluntad. César, como más tarde los emperadores romanos, buscaba en la construcción de puentes ante todo la seguridad de sus tropas: su deseo era que el ejército corriera los menores riesgos posibles, especialmente si la corriente era violenta, evitando que se hiciera a pie, a caballo o en pequeñas embarcaciones<sup>11</sup>. Floro dice que César tomó la pronta resolución de atravesar el Mosela y el mismo Rin, tendiendo un puente de barcas (*hic vero iam*

<sup>10</sup> Dos textos mencionan esa técnica: “Así pues, a marchas forzadas, de día y de noche, en contra de lo que todos pensaban llegó hasta el Líger. Cuando los jinetes descubrieron un vado, suficiente teniendo en cuenta lo perentorio de la situación (ya que sólo los brazos y los hombros quedaban fuera del agua para sostener las armas), dispuso la caballería de forma que venciera la fuerza de la corriente y llevó al otro lado al ejército, sin pérdida alguna: apenas lo vieron los enemigos quedaron anonadados” (*BG* VII 56, 3-4). Lucano se hace eco de esta técnica cesariana cuya finalidad primera es “desbravar” o restar fuerza a la corriente, en un intento de dominarla para facilitar su paso: “Primeramente la caballería se coloca en sentido transversal al de la corriente para aguantar el embate de las ondas; luego el resto de la tropa atraviesa fácilmente, por un vado accesible las aguas del río ya desbravado (*vado faciles iam fracti fluminis undas*)” (Luc. *Fars.* I 185-222). Nada se nos dice del paso del Támesis con elefantes que, sin embargo, menciona Polieno: “César intentaba vadear un gran río en Bretaña. Casivelauno, rey de los britanos, se lo impedía con muchos jinetes y carros. César hizo penetrar en la corriente un enorme elefante que le acompañaba, animal que jamás había sido visto por los britanos, protegido con escamas de acero y rematado por una gran torre sobre él. Los britanos, al verlo quedaron impresionados y, sin poder siquiera soportar su aspecto, huyeron ante lo cual los romanos cruzaron sin peligro el río (*Estratagemas* VIII 23,5). Cfr. el interesante artículo de G. ZECCHINI sobre las repercusiones de la presencia cesariana en la isla en la cultura celta: *Geoffrey of Monmouth e la spada di C. Giulio Cesare*, “BJ” 191 (1991), 125-133.

<sup>11</sup> En el primer caso se trata de un puente de barcas sobre apoyos flotantes. Los pontones (barcas de fondo plano) se fijaban al fondo del río mediante unas cestas llenas de piedras (gaviones); se unían entre sí y con la orilla mediante víguetas, sobre las que se echaban unos tablones. Si en las orillas había poca profundidad se usaban puentes mixtos, de caballetes y pontones. El dominio de esta técnica llegaba hasta tal punto que Cesar dejaba sentir sobre este tipo de construcción su célebre *celeritas*. Él mismo narra que cuando supo que los helvecios estaban pasando el río Saona en barcas y almadías unidas (*transibant ratibus ac lintribus iunctis*) y ya lo habían hecho las tres cuartas partes de las tropas, cayó de noche sobre aquella parte que aún no había cruzado el río (*BG* I 12,1) cogiéndolos en plena maniobra y desprevenidos: “Después de esta batalla, a fin de poder dar alcance a las demás tropas de los helvecios, manda tender un puente sobre el Saona (*pontem in Arare faciendum curat*) y pasa por él su ejército (*atque ita exercitum traducit*). Los helvecios, espantados por su repentina llegada, viendo que él había cruzado el río en un día, mientras que ellos con sumo trabajo habían llevado a cabo esto en veinte, envíanle una embajada” (Caes. *BG* I 13,1-2).

*Caesar ultro Mosellam navali ponte transgreditur ipsumque Rhenum*: Floro I 45,14). Buscó al enemigo en la selva Hercinia pero fue tal el pavor de los germanos “ante la repentina aparición sobre la ribera del río del ejército romano” que se diseminaron por los bosques y los pantanos.

Pero con este tipo de construcciones César también quería, como él mismo nos dice, subrayar la *dignitas* del ejército y el pueblo romanos frente a los bárbaros (*neque suae neque populi Romani dignitatis esse*)<sup>12</sup>. Dicha actitud fue en cierta forma precursora pues algunos decenios después también Germánico consideraba *haud imperatorium* no servirse de puentes (Tac. *Ann.* II 11). Para ensalzar la *dignitas*, César recurre a la construcción de un puente sobre un río de la envergadura del Rin, “verdadero manifiesto de la ciencia y la técnica romanas opuestas a la furia del Rin” como lo definió Jehne<sup>13</sup>. El fin de la expedición es de orden político: impresionar a las tribus bárbaras pero sobre todo a Roma. De su repercusión se hacen eco los textos de Cicerón<sup>14</sup> y Catulo<sup>15</sup>. Otra obra de notable ingeniería técnica fue, sin duda, el puente construido por César en el 49 sobre el río Betis<sup>16</sup>.

Sin embargo, desde el punto de vista religioso, entre uno y otro tipo de puente – el de barcazas y el de obra – existían importantes diferencias. En el caso del puente sobre el Rin se trata de un puente de madera continuo que descansa sobre pilares unidos entre ellos construido con una técnica descrita por el propio César<sup>17</sup>. Este tipo de construcción era más agresiva para la

<sup>12</sup> *Caesar his de causis quas commemoravi Rhenum transire decreverat; sed navibus transire neque satis tutum esse arbitrabatur neque suae neque populi Romani dignitatis esse statuebat* (BG IV 17,1).

<sup>13</sup> JEHNE, Julio..., 73.

<sup>14</sup> De los éxitos germánicos de César se hace eco Cicerón en un pasaje en el que se pone de relieve cómo aquellas empresas habían despertado en Roma una reacción de asombro comparable a la que habían suscitado las aventuras orientales de Pompeyo pues, en definitiva uno de los objetivos de estos imperatores heroicos – como en el pasado, Alejandro – era alcanzar el fin del mundo: “Pero puesto que César anda muy lejos y en unos lugares en que ahora hacen coincidir los límites del orbe de la tierra con los del Imperio romano, la geografía y sus hazañas...” (Cic., *Pro Balbo* 64: *sed quoniam C. Caesar abest longissime, atque in iis est nunc locis quae regione orbem terrarum, rebus illius gestis imperium populi Romani definiunt...*).

<sup>15</sup> *Caesaris visens monimenta magni / Gallicum Renum, horribilesque ulti- / mosque Britannos* (Catulo 11,10-12).

<sup>16</sup> *Caesar, cum ad flumen Baetim venisset neque propter altitudinem fluminis transire posset, lapidibus corbis plenos demisit: insuper ponit trabes; ita ponte facto copias ad castra tripartito traduxit. Tendebat adversum oppidum e regione pontis, ut supra scripsimus, tripartito* (BH 5,1).

<sup>17</sup> *Caesar his de causis quas commemoravi Rhenum transire decreverat; sed navibus transire neque satis tutum esse arbitrabatur neque suae neque populi Romani dignitatis esse statuebat. Itaque, etsi summa difficultas faciendi pontis proponebatur propter latitudinem, rapiditatem altitudinemque fluminis, tamen id sibi contendendum aut aliter non traducendum exercitum existimabat. Rationem pontis hanc instituit. Tigna bina sesquipedalia paulum ab imo praeacuta dimensa ad altitudinem fluminis intervallo pedum duorum inter se iungebat. Haec cum machinationibus immissa in flumen defixerat fistucisque adeg-*

naturaleza que el simple puente de barcazas porque exigía clavar estacas o pilares en el lecho fluvial y amarrar el puente a ambas orillas y, por tanto equivalía a abrir una profunda herida en él que lo ponía en contacto con el mundo subterráneo. La construcción de un puente de obra – de piedra o de madera – constituía, como muy bien señaló A. Sepelli, un auténtico sacrilegio contra la sacralidad de las aguas<sup>18</sup>.

En el caso del Rin, al que los propios romanos llamaban en época imperial *Pater Rhenus*, verlo bajo el puente era como verlo bajo un yugo. Plutarco utiliza los términos *χαλινώσας* (“sujetar”, “dominar”, “refrenar”) y *ζεύγματι* (“poner el yugo”) referidos a la sagrada corriente, es decir, “domar” el río como se doma un toro, imagen habitual en el arte para representar simbólicamente a los ríos (Plut. *Caes.* 22,7). Según Floro, los germanos quedaron espantados “al ver que su río se encontraba cautivo por el puente como bajo un yugo”<sup>19</sup>, volviéndose nuevamente a internarse en las selvas y terrenos palúdicos. Construir un puente sobre el río equivalía a someterlo y, en cierta forma a encadenarlo, como según Silio Itálico hizo Aníbal con el Eridano (*Pun.* XII 695-697)<sup>20</sup>.

Pero no se trataba sólo de un acto de impiedad. El paso de un confin na-

*rat, non sublicae modo derecte ad perpendicularum, sed prone ac fastigate, ut secundum naturam fluminis procumbent, iis item contraria duo ad eundem modum iuncta intervallo pedum quadragenam ab inferiore parte contra vim atque impetu fluminis conversa statuebat. Haec utraque insuper bipedalibus trabibus immisis, quantum eorum tignorum iunctura distabat, binis utrimque fibulis ab extrema parte distinebantur; quibus disclusis atque in contrariam partem revinctis, tanta erat operis firmitudo atque ea rerum natura ut, quo maior vis aquae se incitavisset, hoc artius inligata tenerentur. Haec derecta materia iniecta contexebantur ac longioriis cratibusque consternebantur; ac nibilo setius sublicae et ad inferiorem partem fluminis oblique agebantur, quae pro ariete subiectae et cum omni opere coniunctae vim fluminis exciperent, et aliae item supra pontem mediocri spatio, ut, si arborum trunci sive naves deiciendi operis causa essent a barbaris missae, his defensoribus earum rerum vis minueretur neu ponti nocerent (BG IV 17).*

<sup>18</sup> A. SEPELLI, *Sacralità dell'acqua e sacrilegio dei ponti*, Palermo 1990. Más recientemente me parece de interés: A. SAGGIORO, *Calpestare acque marine. I ponti di Serse e Caligola e l'abuso contro la natura*, en S. MONTERO - C. CARDETE (edd.), *Usos y abusos del medio natural en el mundo clásico (V Seminario hispano-italiano de Historia de las Religiones, Madrid 9-10 octubre 2008)* (en prensa).

<sup>19</sup> *Nec semel Rhenus, sed iterum quoque, et quidem ponte facto penetratus est: maior aliquando trepidatio. Quippe cum Rhenum suum sic ponte quasi iugo captum viderent...* (Flor. I 45,15). El pasaje de Plutarco dice: “Pero amortiguando la fuerza de éstos [palos y troncos que arrastraba la corriente abajo] con grandes postes de madera clavados de un lado a otro del vado y refrenando así la corriente que se lanzaba contra la construcción que unía ambas orillas, hizo alarde de mostrar un espectáculo superior a todo lo que se pueda creer: un puente acabado en diez días”. Recuérdese la inscripción descubierta en 1968 en Estrasburgo: *Rheno Patri / Oppius / Severus / leg Aug* (E. KERN, *Éléments archéologiques pour un portrait mythologique du Rbin, “Caesarodunum”* 33-39, 1999-2000, 493-513).

<sup>20</sup> *Fuerit delere Saguntum, / exaequare Alpes, imponere vincula sacro / Eridano, foedare lacus*. Cfr. las acertadas observaciones de G. BRIZZI, *Hannibal, sa religiosité, sa légende: pour une mise au point du problème* en A. VIGOURT *et alii* (edd.), *Pouvoir et religion dans le monde Romain en hommage à Jean-Pierre Martin*, Paris 2006, 17-27.



tural entre dos imperios o continentes, posiblemente también entre territorios de dos pueblos, era considerado casi universalmente como un acto de ὕβρις al sobrepasarse los límites que los dioses habían establecido a los hombres. Ὑβρις era el paso del Araxes por parte de Ciro (Herod. I 205), del Tanais por parte de Darío (Herod. IV 122) y, sobre todo, del Helesponto por parte de Jerjes (Herod. VII 35).

Comparto la idea propuesta por Micunco en el sentido de que este técnica que aúna precisión y rapidez se explica en buena parte por la condición de César como *pontifex maximus* que le proporcionó experiencia en el mantenimiento y reparación del viejo *pons Sublicius*<sup>21</sup>. Pero debemos suponer que, en realidad ya como miembro del colegio pontifical desde el año 73, César atendía con regularidad a notables obligaciones en relación con la sacralidad de dos ríos. En él, además del mantenimiento y reparación del *pons Sublicius*, los pontífices realizaban *sacra* que como puso de relieve J. Champeaux<sup>22</sup> se trataría de ceremonias distintas de la de los *Argei* (16-17 marzo), en la cual participaban igualmente los pontífices. También los cónsules y los pontífices se desplazaban anualmente a sacrificar en el templo de Eneas Indiges a orillas del río Numicus<sup>23</sup> donde, tras la legendaria batalla contra Mecencio, Eneas desapareció misteriosamente y fue deificado como Pater Indiges. Por otra parte, César revistió tardíamente (47 a.C.) el cargo sacerdotal de augur pero eso no le impidió conocer sobradamente la importancia que tenía el tránsito de los ríos, incluso de un pequeño arroyo, en el derecho augural romano, como era el caso de los *auspicia perennia*.

<sup>21</sup> Sobre el *pons Sublicius*: L.A. HOLLAND, *Janus and the Bridge*, Roma 1961; F. COARELLI, *Sublicius*, en E.M. STEINBY (ed.), *Lexicon Topographicum Urbis Romae*, IV, 66 ss.; y especialmente T. CAMOUS, *Le Roi et le fleuve. Ancus Marcius Rex aux origines de la puissance romaine*, Paris 2004, 195-198.

<sup>22</sup> Var. LL V 83: *ab his (pontifices) Sublicius et factus primum et restitutus saepe cum sacra et uls et cis Tiberim non mediocri ritu fiant*. Del texto latino deriva D.H. III 45,2. Como puso de relieve J. CHAMPEAUX, *Le Tibre...*, 39 se trataría de una ceremonia distinta de la de los *argei*, en la cual también participaban los pontífices. En su opinión se trataría de “rites solennels, spécifiques, mis en oeuvre par les pontifes aux deus extrémités du pont, sur la rive droite, au Trastevere, *et uls*, et sur la rive gauche, urbaine, au Forum Boarium, *et cis*, chaque fois qu’il était nécessaire de procéder à sa *restitutio*”.

<sup>23</sup> *Ascanius hostibus devictis in loco quo pater apparuerat. Aenea Indigeti templum dicavit, ad quod pontifices quotannis cum consilibus veniunt sacrificaturi* (Schol. Ver. ad *Aen.* I 260). Sobre el templo a Pater Indiges junto a corriente río Numicus: Plin. *NH* III 56; D.H. I 64: habla de heroón sobre orilla, con árboles e inscripción; Liv. I 2: *super Numicum flumen*; Aur. Vict., *Origo Gentis Romanae* 14,4: *circa Numinici fluminis stagnum*. El agua del río Numicus era utilizado en el culto de Vesta.

### *La construcción de canales*

Otra de las facetas de César como “dominatore degli elementi naturali”, en palabras de G. Micunco<sup>24</sup>, era la apertura de canales en los ríos, práctica a la que César recurrió con mucha frecuencia, pero no menos peligrosa desde el punto de vista religioso, en tanto se trataba de un abierto desafío a las divinidades fluviales. Durante la campaña de Hispania contra Pompeyo las legiones de César debían servirse de dos pequeños puentes de madera sobre el río Sicoris contruidos para la ocasión por el legado Cayo Fabio que fueron destruidos por una violenta crecida del río (BC I 40-48). César lleva a cabo algo insólito: para evitar que la caballería se viese obligada a dar un gran rodeo “...determinó, aprovechando un paraje apropiado, abrir varios canales de treinta pies de anchura, con los que sangrar parte del caudal del Sicoris, con vistas a conseguir un vado en el río”<sup>25</sup>. Micunco trae a colación, con gran acierto, el pasaje de Heródoto (I 189) en el que narra cómo el rey Ciro, en un acto de ὑβρις, excavó 180 canales a cada orilla del río Gindo con el objetivo de poder cruzarlo. Más adelante se vuelve a insistir en los “trabajos de derivación del río” que proseguían ininterrumpidamente día y noche (*continuato diem noctemque opere in flumine avertendo*: I 62,1) y que permitieron a los jinetes cobrar ánimos para pasar el río (*possent tamen atque auderent flumen transire*): “los de a pie, en cambio, no sacaban más que los hombros y la parte superior del pecho, y se veían imposibilitados de atravesarlo, así por la profundidad del agua como por la rapidez de la corriente” (BC I 62,2). Lucano, que se hace eco del episodio en su composición poética, le da una lectura religiosa – *dat poenas maioris aquae*<sup>26</sup> – que naturalmente César evita reflejar en el texto anterior.

La realización de este tipo de obras, que muchos consideraban una agresión contra la naturaleza y las fuerzas acuáticas divinas podrían multiplicarse. Los arroyos que discurren junto a Palamai fueron desviados u obstruidos por César (*aut averterat aut magnis operibus obstruxerat*) amontonando tierra y evitando que desembocaran en el mar (BC III 49,3). En el asedio de Uxeloduno ordenó que se abrieran túneles o galerías (41,4) en las entrañas de la tierra con el objetivo de cortar y desviar las venas de la fuente que alimentaba de agua a la ciudad<sup>27</sup>; César sabía no sólo que para los romanos,

<sup>24</sup> G. MICUNCO, *Il ponte sul Reno* (Caes. Gall. 4, 16-19), “InvLuc” 17 (1995), 97-120, 113.

<sup>25</sup> ...nactus idoneum locum, fossas pedum XXX in latitudinem complures facere instituit, quibus partem aliquam Sicoris averteret vadumque in eo flumine efficeret (BC I 61,1).

<sup>26</sup> Ac, nequid Sicoris repetitis audeat undis, / spargitur in sulcos et scisso gurgite rivis / dat poenas maioris aquae (Luc. Fars. IV 140-142).

<sup>27</sup> Flumen infimam vallem dividebat, quae totum paene montem cingebat, in quo positum erat prae-

como escribirá Servio, *nullus fons non sacer* (*ad Aen.* VII 84) sino que para los galos las fuentes eran divinidades protectoras y, en efecto, tras la violenta acción de César, el agotamiento de la fuente hizo creer a los habitantes “que no se debía a un plan humano sino a la voluntad de los dioses” (BG VIII 43,5). Ninguna referencia al dios Fons, al que incluso los *aquilegi* del imperio testimonian una profunda devoción en sus dedicaciones epigráficas. En esta línea se inscriben también las obras de aislamiento del río Enipeo, mediante un atrincheramiento del monte para impedir que los pompeyanos pudieran abastecerse de agua<sup>28</sup>.

Muchos episodios – como el del Rin o el del Sicoris – se presentan como una auténtica lucha física entre César y la divinidad fluvial que recuerda el célebre combate entre Aquiles y el río Escamandro (Hom. *Il.* V 777; XII 305 ss.; Hes. *Teog.* 342 ss.; Virg. *Aen.* I 100-101). Se daba, sin embargo, la paradoja de que César, que tan orgullosamente proclamaba su ascendencia troyana, era – a través de Eneas, Anquises y Capis, si examinamos con detenimiento la genealogía divina – descendiente de los dioses-río Escamandro y Símois o Simunte como sabemos por un minucioso pasaje de Apolodoro (*Bibl.* III 12,2). En la *Ilíada*, indignado de recibir tantos cadáveres y tanta sangre en su cauce, el dios-río Escamandro opuso una barrera para combatir a Aquiles y detener la matanza de los troyanos para lo cual pidió auxilio al Símois, un río de la llanura troyana, presentado por Hesíodo como hijo de Océano y Tetis. En definitiva, si el jefe galo Virdomaro se vanagloriaba de ser de la estirpe del mismo Rin, según nos dice Propercio (IV 10,41: *genus hic Rheno iactabat ab ipso*), César podía vanagloriarse también de descender de otras dos divinidades fluviales conocidas desde los tiempos de Homero por su heroica lucha contra los griegos.

### *El dominio del mar*

Una actitud muy parecida adopta César en sus viajes y travesías marítimas. Como en el caso del Rin emprende, por primera vez, el paso del Océa-

*raptum undique oppidum Uxellodunum. Hoc avertere loci natura prohibebat: in infimis enim sic radicibus montis ferebatur, ut nullam in partem depressis fossis derivari posset* (BG VIII 40,2-3). Orosio narra el episodio con más detenimiento: los soldados de César excavaron *cuniculi* para cortar las venas que alimentaban la fuente hasta lograr secarla: *illi tamen, qui ad incidendas fontis venas sub obtentu aggeris tuti cuniculos perfodiebant, repertos in abstruso aquarum meatus per multa dividendo tenuari in semet ipsis consumique fecerunt* (VI 11,28).

<sup>28</sup> *Qua re animadversa Pompeiani in quodam monte constiterunt. Hunc montem flumen subbluebat. Caesar milites cohortatus, etsi totius diei continenti labore erant confecti noxque iam suberat, tamen munitione flumen a monte secluserunt, ne noctu aquari Pompeiani possent* (BC III 97,4).

no para alcanzar las costas de Britania. César dedica varios capítulos a su descripción (BG IV 10 - V 23) y se enorgullece de no haber perdido ningún barco, de haber llegado a Britannia como de haber cruzado a la otra orilla del Rin y haberlo hecho recurriendo a la voluntad de los hombres, a la técnica y al valor pero no a la ayuda de los dioses.

Se trata de una actitud que contrasta vivamente no sólo con los temores o escrúpulos religiosos de sus enemigos sino de muchos de sus colaboradores. El propio César menciona los pretextos que pone el jefe eduo Dumnorix a su decisión de llevarlo con él a Britannia: alegaba falta de hábito de navegación, temor al mar o impedimentos religiosos. Como advierte G. Zecchini, "...un guerriero in armi non poteva calcare con intenzioni ostili il suolo della Britannia, cuore del druidismo, senza violare una *geis*, un tabù tra i più gravi della sua religione"<sup>29</sup>.

La oposición que sin duda debió existir en las filas de las legiones de César a la arriesgada empresa de cruzar el Océano, es la misma que encontramos pocos decenios más tarde durante de la expedición marítima de Druso en la costa germánica en el año 12 a.C., plasmada en las palabras de Tácito<sup>30</sup>, pero sobre todo en el poema que sobre el Océano compuso Albinovanus Pedo, poeta de época augustea: "Los dioses nos recuerdan y prohíben a los ojos humanos ver dónde acaba la naturaleza. ¿Por qué, con nuestros remos, violar estas olas sobre las cuales no tenemos ningún derecho, estas aguas sagradas? ¿Por qué perturbar la apacible demora de los dioses?"<sup>31</sup>

Se trataba de una empresa prohibida por los dioses a los hombres. Pero ni lo desconocido de la travesía ni las adversidades que se le presentaron – en ésta y en innumerables ocasiones – fueron motivo suficiente para que César solicitara el favor o la protección de las divinidades marítimas (pensemos, además, que César era proclive a escoger fechas poco aconsejables para la navegación – como cuando parte en el mes de enero de Lilibeo – con el fin de aprovechar el factor sorpresa y causar el desconcierto de los enemigos).

De las noticias sobre sus desplazamientos por mar no tenemos mención de ninguna plegaria, ningún sacrificio a los dioses antes de zarpar o llegar a

<sup>29</sup> G. ZECCHINI, *Le guerre galliche di Roma*, Roma 2009, 110. Para los aspectos religiosos de César sigue siendo indispensable, del mismo autor: *Cesare e il mos maiorum*, Stuttgart 2001.

<sup>30</sup> *Utraeque nationes usque ad Oceanum Rheno praetexuntur, ambiuntque immensos insuper lacus et Romanis classibus navigatos. Ipsum quin etiam Oceanum illa temptavimus: et superesse adhuc Herculis columnas fama vulgavit, sive adiit Hercules, seu quidquid ubique magnificum est, in claritatem eius referre consensimus. Nec defuit audentia Druso Germanico, sed obstitit Oceanus in se simul atque in Herculem inquiri. Mox nemo temptavit, sanctiusque ac reverentius visum de actis deorum credere quam scire* (Tac. Germ. 34).

<sup>31</sup> *Di revocant rerumque vetant cognoscere finem / mortales oculos: aliena quid aequora remis / et sacras violamus aquas divumque quietas / turbamus sedes?* (Sen. Suas. I 15).

puerto (por ejemplo, durante las guerras civiles, al llegar – desde Brindisi – a un lugar de la costa llamado Paleste, entre los peñascos de los Ceraunios, con todos los barcos incólume) (BC III 5). Ni en sus comentarios, ni en las fuentes greco-latinas hay rastro alguno de invocación a Neptuno, a los Dióscuros o a los vientos divinizados sea para propiciarlos antes de entrar en contacto con el mar sea para agradecerles que llegara a su destino con vida. Por lo tanto sólo una divinidad, si así podemos llamarla, emerge en los difíciles e inciertos momentos de las travesías navales de César en la desembocadura de los ríos, en el Mediterráneo o en el Océano: su célebre Fortuna personal, la *Fortuna Caesaris* que, en cierta forma, parece alzarse contra las divinidades tradicionales del mar o al menos en detrimento de ellas. Floro, en la línea de esa Fortuna Caesaris o de la Bona Fortuna, señala “...Gades, el estrecho, el Océano, todo cedía a la *felicitas* de César”<sup>32</sup>. Cómo no recordar aquí el célebre episodio en el que César, descendiendo por el Apsus con la intención de cruzar a solas el Adriático al llegar a la desembocadura el oleaje del mar y la corriente impetuosa por la fuerza del viento cambiaron el rumbo de la nave (Plut. *Caes.* 38,5; App. *BC* II 57). Es a ella a la que César ofrece un sacrificio – caso único – antes de abandonar Roma en diciembre del 49 en su lucha contra Pompeyo: el toro escapa y nada a través de un lago, significando en una forzada interpretación que César vencería si cruzaba el mar (Dión Casio XLI 39,2).

Apiano, comparando a César con Alejandro, recuerda que el macedonio atravesó el golfo de Panfilia, “al haberse retirado el mar de forma prodigiosa, y la divinidad contuvo en su ayuda el mar hasta que lo cruzó ... En su

<sup>32</sup> *Itaque ultro cedente Varrone Gades, fretum, Oceanus, omnia felicitatem Caesaris sequebantur* (Flor. II 13,29). Sobre Fortuna y felicitas en César además de los estudios clásicos de Weinstock y Gabba, cfr. F. BÖMER, *Caesar und sein Glück*, “Gymnasium” 73 (1966), 63-85. De sus acuñaciones tan sólo una incorpora la imagen de Trinacro, el hijo de Neptuno, pero que debe ser analizada en su contexto histórico (Crawford 457/1, Sydenham 1022). Acuñada en Sicilia en el año 47 dicha serie lleva en el anverso la leyenda C.CAESAR.IMP.COS.ITER y, junto a ella la cabeza diademada de Venus a derecha y en el reverso A.ALLIENUS.PRO.COS junto al héroe Trinacrus sobre proa de nave y con la “triquetra” en la mano. Antes de embarcar hacia el norte de África desde el puerto de Lilybeum en Sicilia para combatir a los pompeyanos a finales del 47, Aulus Allienus, procónsul de la isla acuña en nombre de César y en el suyo propio – lo que era bastante inusual – una corta emisión de denarios quizá para uso de las tropas de César. Fijémonos que mientras la figura de Trinacro acompaña el nombre del gobernador, es la de Venus – antepasada de la *gens Iulia* y divinidad especialmente venerada por el dictador que, por cierto irrumpe por primera vez en las acuñaciones de César – la que aparece al lado de César. Por otra parte Trinacro, divinidad epónima de la isla (Trinacria es el antiguo nombre dado a Sicilia), sosteniendo un τρισκελίς (triquetra), símbolo de la isla, apoyando un pie en la proa de la embarcación parece simbolizar más a Sicilia y, en cierta forma, a las tropas de César que parten desde uno de sus puertos, que a una divinidad protectora de la navegación. Sobre el pasaje de Lucano en el que describe la travesía marítima de César durante una tormenta, cfr. M. MATTHEWS (ed.), *Caesar and the Storm: A Commentary on Lucan, De bello Civili, Book 5, lines 476-721*, Oxford - New York 2008.

camino a la India se aventuró en un océano no navegado...” (App. BC II 149) y que “también el Adriático cedió ante César, llegando a ser navegable y calmo en mitad del invierno. Él cruzó el Océano occidental hasta Britania, empresa nunca intentada, y ordenó a los pilotos que rompieran los barcos haciéndolos chocar con los acantilados de Britania. Solo, en un pequeño bote, de noche soportó la violencia de otra tempestad y ordenó al piloto que desplegara las velas y confiara más en la fortuna de César que en el mar” (App. BC II 150). La situación es aparentemente análoga: a Alejandro parece sometérselo el golfo de Panfilia, a César el Adriático en pleno invierno. Pero debemos fijarnos que en el caso del conquistador macedonio son los dioses los que contienen en su ayuda el mar; en el caso del conquistador romano no hay alusión a la ayuda divina ni cuando cruza el Adriático ni cuando cruza el Océano. Por el contrario, César pide al piloto que confíe más en su fortuna personal que en el mar.

Muchas veces la fuerza de los vientos, el mar encrespado, son obstáculos insalvables que contrarían los planes de César. Los elementos naturales le causan rabia e indignación: “Sin embargo como consecuencia de un temporal que se desencadenó se mantuvo al ancla apartado de la orilla. Era el solsticio de invierno y el viento, contra su voluntad y a pesar de su enojo, le obligó a permanecer en Brindisi hasta el día primero de año” (App. BC II 53).

Cuando en esos momentos de adversidad y peligro ante el elemento acuático no invoca a su fortuna personal, recurre a la buena fortuna para que le permita afrontarla con éxito. Durante las guerras civiles tiene lugar el episodio en el que la flota de César es perseguida por la de Coponio a la altura de Durazzo; el fuerte viento sopla a favor de César: “los nuestros, si bien se habían vistos favorecidos de la fortuna, temían, con todo, la acometida de la flota, caso de aflojar el viento” (BC III 26,4). En las palabras que Apiano pone en su boca, César anima a los suyos a embarcarse en Brindisi lo antes posible, abandonando la impedimenta en su totalidad para que las naves puedan acogerlos en su interior: “Y opongamos nuestra buena fortuna al invierno” (App. BC II 53).

En cualquier caso, César parece afrontar en solitario, sin implicar ni siquiera a los más allegados, esa falta de temor ante la directa intervención en la naturaleza, el deseo de someterla para ponerla al servicio de los intereses de Roma y el provecho del pueblo. Es una actitud que reproduce muy bien Lucano en el episodio en el que los suyos se niegan a abatir un bosque sagrado y César, dirigiéndose a ellos les dice: “Para que ya ninguno de vosotros vacile en abatir el bosque, pensad que soy yo quien ha cometido el sacrilegio”<sup>33</sup>.

<sup>33</sup> *Iam nequis vestrum dubitet subvertere silvam / credite me fecisse nefas* (Luc. Fars. III 436-437).

### *La exhibición de los ríos en el triunfo*

César, siempre en aras de alcanzar sus objetivos militares, trató de dominar los ríos y también el mar así como de hacer público ese dominio: “¿Dé que sirve – le preguntan en la Farsalia los soldados a César – haber ... sometido el Ródano y el Rin?” (*Fars.* V 269). El poeta insiste con frecuencia en esta idea: en la batalla de Corfinio pregunta a sus enemigos: “¿Obstruís la llanura y tratáis de quedar fuera de mi alcance mediante un río, cobardes? No, aunque el Ganges me rechace con su henchido caudal, no se detendrá ya César ante río ninguno, después de haberse metido en las aguas del Rubicón”<sup>34</sup>. Apiano advirtió que César “...se hizo por la fuerza y la condescendencia, con el poderío romano que gobernaba la tierra y el mar desde el occidente hasta el río Éufrates...” (*App. BC* II 150). En sus acuñaciones César adopta el simbolismo del globo poco después de su llegada a Roma en 49 a.C. en clara alusión, junto a otros símbolos (como el cetro), a su dominio de la tierra y el mar (*terra marique*).

César se hace dominador de la naturaleza, de los elementos naturales y, aunque no lo dice en sus diarios, trató de que los ríos que con sus crecidas o heladas se habían atrevido a obstaculizar sus planes militares fueran castigados. Los ríos – el Rin, el Ródano, el Nilo – o el Océano, que a lo largo de las campañas – como la conquista de la Galia, por ejemplo –, se habían opuesto a sus planes militares y políticos, contrariando o dificultando su avance, fueron presentados por César como divinidades enemigas. Algunos casos de esa “colaboración” con el enemigo son bien conocidos: cuando los helvecios, en el año 58, pasaron el río Arar (Dión Casio XXXVIII 32,4) o durante el inicio de la campaña contra Ariovisto cuando se tuvo noticia de que los celtas habían pasado el Rin para prestarle ayuda (Dión Casio XXXVIII 50,4-5).

Esa lucha desencadenada entre el dictador romano y los elementos naturales, se salda con la victoria, aunque costosa, de César. Las fuentes evocan el cuádruple triunfo de César en agosto del año 46 a.C. por las victorias que había alcanzado *ex Gallia, ex Aegypto, ex Ponto, ex Africa de rege Iuba*. En él figuraron las representaciones – posiblemente tridimensionales – de tres grandes ríos, el Rin, el Ródano y el Nilo, junto con la imagen de oro de un “Océano cautivo”: “César entró en su patria vencedor, celebrando primero el triunfo sobre la Galia: éste incluía el Rin y el Ródano y el Océano, representado como cautivo de oro; su segundo laurel fue el egipcio: en esa oca-

<sup>34</sup> *Obstruitis campos fluviisque arcere paratis, / ignavi? Non, si tumido me gurgite Ganges / summo-  
veat, stabit iam flumine Caesar in ullo / post Rubiconis aquas* (*Luc. Fars.* II 495-498).

sión desfilaba el Nilo, en una litera, Arsinoe y Faro que ardía en un simulacro de sus llamas”<sup>35</sup>.

Lucano se hace eco también de la exhibición del Rin y el Océano en el triunfo de César arrastrando cadenas, como si se tratase de divinidades vencidas y cautivas: *ut vincula Rheni / Oceanoque daret* (Fars. III 76-77). Apiano parece confirmar la noticia de Floro al señalar que César “hizo desfilar a algunos prisioneros a modo de un triunfo egipcio por su combate naval en el Nilo” y alude expresamente a la exhibición en el triunfo de “efigies y pinturas varias” (BC II 101). Las imágenes de estos ríos esclavizados debieron ser impactantes en Roma. César se mostraba así no sólo como triunfador sobre aquellos pueblos sino también como vencedor de ríos y mares.

La estatua del dios-río Nilo era exhibida sobre un *ferculum*, como un siglo después hará Tito cuando celebre su triunfo sobre los judíos y pasee sobre una litera, aun reconocible en el arco del Foro, la imagen del río Jordan. Si Roma estaba pendiente de las crecidas del río Tíber también mostraba ya gran preocupación por las del Nilo. Una insuficiente crecida no sólo suponía hambre para Roma sino que era considerada como un prodigio no exento de implicaciones políticas. Plinio recuerda que el año de la batalla de Farsalia (48 a.C.) la inundación del Nilo fue sólo de cinco codos “como si el río, por un prodigio, testimoniara su horror por el asesinato de Pompeyo”<sup>36</sup>. El poeta Lucano recuerda cómo los Libros Sibilinos habían advertido que el ejército no tocara “las bocas del Nilo en Pelusio ni sus orillas rebosantes en verano”<sup>37</sup>, versos que un escoliasta comenta de la manera siguiente: “En esta estación el Nilo inunda las tierras, si bien en razón de las circunstancias ha debido ser muy débil”<sup>38</sup>. Que el río se hubiera identificado con la causa de Pompeyo pudo haber sido una de las razones por la que fuera exhibido en el triunfo romano. Es verdad que la victoria de César en el Nilo (27 de marzo del 47 a.C.), en la que murió Ptolomeo XIV (App. BC II 90) le permitió la toma de Alejandría (*Bellum Alex.* 32,1; Cic. *Phil.* 2,64) pero no es menos

<sup>35</sup> *Caesar in patriam victor invenitur, primum de Gallia triumphum trahens: hic erat Rhenus et Rhodanus et ex auro captivus Oceanus. Altera laurus Aegypti: tunc in ferulis Nilus, Arsinoe et ad simulacrum ignium ardens Pharos* (Flor. II 13). Cfr. BH 1,1; Liv. Per. CXV-CXVI; Plut. *Caes.* 55,2; Suet. *Div. Iul.* 37,1; App. BC II 101; Dión Casio XLIII 19-22. Sobre dicho tema, cfr. M. BEARD, *El triunfo romano. Una historia de Roma a través de la celebración de sus victorias*, trad. esp., Barcelona 2009, 206; S. MONTERO, *La exhibición de los ríos en el triunfo romano*, “Bandue” 3 (2009), 215-234. Sobre su proyección: F. RICHARD, *Un thème impérial romain : la victoire sur l’Océan*, en *L’idéologie du pouvoir monarchique dans l’Antiquité* (Actes du colloque SOPHAU, Lyon-Vienne, juin 1989), Lyon 1991, 324-341.

<sup>36</sup> *...minimum (incrementum) V Pharsalico bello, veluti necem Magni prodigio quodam flumine aversante* (Plin. NH V 58).

<sup>37</sup> *...ne Nili Pelusia tangeret ora ... ripasque aestate tumentes* (Luc. Fars. VIII 826-827).

<sup>38</sup> Adnotaciones super Lucanum 335: *...cum minor pro tempore esse deberet*.



cierto que la empresa fue difícil y estuvo a punto de morir ahogado en sus aguas atribuyendo el éxito, una vez más, a su propia fortuna personal. En cualquier caso se abre un periodo en el que el Nilo aparece unas veces como enemigo, otras como colaborador de Roma. Recordemos, por ejemplo, las *res gestae* de Cornelio Gallo que concluyen con un homenaje dirigido a los dioses patrios y al dios fluvial indígena: *die[is] / patrieis Nil[o adiut]ori d(onum) d(edit)* (IGPh 128,8-9). En la fórmula Cornelio Gallo asocia las divinidades del panteón romano con la divinidad local y en la que se ha querido ver una concreta circunstancia de ayuda que el favorable régimen de la crecida estacional del río ofrecería a los planes militares del prefecto.

La conversación entre el sacerdote egipcio Achoris y César sobre las fuentes de Nilo es probablemente un embellecimiento poético de Lucano que quizá esconda la preocupación del dictador por la naturaleza del país que quería conquistar y, en general, su notable curiosidad científica o geográfica. Si D. Bonneau está en lo cierto, la primera vez que se hace alusión en un texto al cambio de color de las aguas del Nilo en el mes de su crecida es en el *Bellum Alexandrinum* (V 2: *turbidus*)<sup>39</sup>. Aquél encuentro presentado por Lucano debemos considerarlo un episodio que desea mostrar, una vez más, la atribución por César del fenómeno de la crecida a causas naturales, sea la fundición de las nieves del sur o las lluvias. Es algo que debemos valorar si tenemos en cuenta la popularidad de los dioses de la crecida, Hâpi, Osiris e Isis, en época grecorromana.

Quizá también en ese interés se ocultaran motivos personales. El estudio de D. Bonneau a través de su minucioso análisis de la documentación literaria y papirológica viene a concluir que el desbordamiento del río tenía lugar ya en la semana anterior al 20 de julio. César nace un 13 de julio, coincidiendo, pues, con el inicio de la *inundatio* y la celebración de la fiesta de la crecida establecida desde Ptolomeo III. Los textos greco-latinos señalan que el comienzo de la crecida se hacía sentir cuando el sol entraba en la constelación de Cáncer. En uno de los dos obeliscos que se levantaban ante el Cesaureum de Alejandría (hoy en Nueva York y Londres) los cangrejos que aparecen en ellos representan este signo zodiacal en alusión, según P. Rehak, no sólo al comienzo de la inundación anual del Nilo sino también al nacimiento de César<sup>40</sup>.

<sup>39</sup> D. BONNEAU, *La crue du Nil Divinité égyptienne à travers mille ans d'histoire (322 av. - 641 ap. J.C.) d'après les auteurs grecs et latins, et les documents des époques ptolémaïques, romaine et byzantine*, Paris 1964, 65 n. 9.

<sup>40</sup> P. REHAK, *Imperium and Cosmos. Augustus and the Northern Campus Martius*, Wisconsin 2006, 66. Cfr inscripción: OGIS 656; IGRR 1,1072. En época greco-romana la fiesta de la crecida, la verdadera fiesta del Nilo, se celebra en el mes de Payni. Para griegos y romanos se refieren a la crecida del Nilo no – como los egipcios – tomando la fecha del orto heliaco de Sothis sino refiriéndose al movi-

## Roma y el Tíber

La idea de dominación de las aguas también está presente en Roma. Por ejemplo, en la apertura de un euripo en la pista del Circo Máximo en el año 53 a.C., César mandó rodear la arena de fosos llenos de agua que se abrieron ante las verjas: “Anchas y de una profundidad de tres metros aquellas zanjas merecían bien su nombre, ya que como un limes separaban dos mundos”, escribe A. Malissard<sup>41</sup>.

Más interesante aún es la naumaquia que César hizo excavar en el Campo de Marte rellenándola con agua del Tíber, una obra que atentaba contra la necesidad de respetar el curso del río, de no detraer sus aguas para fines profanos<sup>42</sup>. Un año después, en el 43, muerto César, Roma sufrió una violenta peste y los senadores, quizá tras escuchar el dictamen de los *quindecimviri s.f.*, ordenaron junto a la reconstrucción de la Curia Ostilia, el relleno de la naumaquia abierta por César<sup>43</sup>. Es evidente que la *pestilentia* se había considerado el castigo enviado por los dioses a los hombres a causa de un sacrilegio: el abandono de la Curia y la excavación de una naumaquia en el Campo de Marte colmadada con agua del Tíber. Se prescribe así una *procuratio* con la que se quería poner fin a la *pestilentia* desencadenada en la ciudad.

Pero el principal foco de problemas le vino a César en Roma del Tíber y sus desbordamientos. Las crecidas de los ríos eran consideradas tradicionalmente como un gravísimo prodigio. El Tíber, el Po y en general los grandes ríos daban con sus desbordamientos o con sus súbitas decrecidas avisos a los hombres. En época de Cicerón y César comenzaba a dibujarse, sin embargo, un enfrentamiento entre la vieja interpretación religiosa según la cual era la propia divinidad fluvial o la *ira deorum* la que causaba la inesperada crecida, a la vez como aviso y como castigo, y una concepción racional, es

miento del sol por relación a las constelaciones. Esos textos señalan que el comienzo de la crecida se hacía sentir cuando el sol entraba en la constelación de Cáncer. En uno de los dos obeliscos que se levantaban ante el *Cesareum* de Alejandría (hoy en Nueva York y Londres) los cangrejos que aparecen en ellos representan el signo zodiacal de Cáncer en alusión no sólo al comienzo de la inundación anual del Nilo (Manilio III 625-628; 634-637; IV 751-752) sino también al nacimiento de César un 13 de julio del año 100. Cfr. D. FISHWICK, *The Caesareum at Alexandria Again*, “AJAH” 12 (1987), 62-72.

<sup>41</sup> ...*qua de causa Caesar dictator postea simile spectaculum editurus euripis harenam circumdedit* (Plin. NH VIII 21) Cfr. A. MALISSARD, *Los romanos y el agua*, trad. esp., Barcelona 1996, 84.

<sup>42</sup> *Navali proelio in minore Codeta defosso lacu biremes ac triremes quadriremesque Tyriae et Aegyptiae classis magno pugnatorum numero conflixerunt. Ad quae omnia spectacula tantum undique confluit hominum, ut plerique advenae aut inter vicos aut inter vias tabernaculis positos manerent, ac saepe prae turba elisi exanimatique sint plurimi et in his duo senatores* (Suet. Div. Iul. 39,4).

<sup>43</sup> “Hubo además, en casi toda Italia una terrible pestilencia: por este motivo se decretó reconstruir la Curia Ostilia y rellenar el vacío donde se había desarrollado la batalla naval” (Dión Casio XLV 17,8).

decir, la explicación natural o geográfica del fenómeno por la que César no dudó en tomar partido abiertamente<sup>44</sup>.

Como ejemplo basta recordar la actitud de César con ocasión de una peligrosa crecida del río Sicoris<sup>45</sup>. La súbita crecida, la destrucción del puente, son elementos característicos del prodigio (pensemos, por ejemplo, en el desbordamiento del Tíber y la destrucción del pons Sublicius) y así debió ser considerado entre los desmoralizados efectivos militares. Sin embargo, César hace esfuerzos por insistir en causas naturales (BC I 50,2-3) interpretando el fenómeno no como algo extraño o contrario a la naturaleza sino como producto de ella. Idéntica postura adopta César en otros casos atribuyendo, por ejemplo, la súbita crecida del río Liger a la fundición de las nieves (BG VII 55,10).

Volviendo a Roma, el Tíber es definido por Plinio con mucho acierto como *vates ac monitor*<sup>46</sup>. En el elenco de las inundaciones del Tíber que ha llegado hasta nosotros, revisado recientemente por G.S. Aldrete<sup>47</sup>, puede reconocerse un largo primer periodo en la que las riadas son desencadenadas por los dioses a causa de alguna falta de tipo ritual. Sin embargo, a partir del desbordamiento del año 60 a.C. aparecen los motivos políticos. En efecto, en aquel año se había producido, como consecuencia de una violenta tempestad sobre la Ciudad, el desbordamiento de las aguas del Tíber que acabaron por hundir, como recuerda Dión Casio, las embarcaciones ancladas en el río a su paso por Roma y en su desembocadura, destruyendo además el “puente de madera”, es decir, el puente Sublicio<sup>48</sup>. Aquel prodigio, pues

<sup>44</sup> Sobre dicho enfrentamiento, cfr. F. GUILLAUMONT, *La nature et les prodiges dans la religion et la philosophie romaines*, en *La Nature et les prodiges dans la religion et la philosophie romaines*, Paris 1996, 43-64.

<sup>45</sup> *Fabius finitimarum civitatum animos litteris nuntiisque temptabat. In Sicori flumine pontes effecerat duos distantes inter se milia passuum IIII. His pontibus pabulatum mittebat, quod ea quae citra flumen fuerant, superioribus diebus consumpserat. Hoc idem fere atque eadem de causa Pompeiani exercitus duces faciebant, crebroque inter se equestribus proeliis contendebant. Huc cum cotidiana consuetudine congressae pabulatoribus praesidio propiore ponte legiones Fabianae duae flumen transissent, impedimentaque et omnis equitatus sequeretur, subito vi ventorum et aquae magnitudine pons est interruptus et reliqua multitudo equitum interclusa* (BC I 40,1-3).

<sup>46</sup> *Quin immo vates intellegitur potius ac monitor, auctu semper religiosus verius quam saevus* (Plin. NH III 55,9). Para los aspectos religiosos del Tíber, siguen siendo de utilidad los trabajos de J. LE GALL, *Recherches sur le culte du Tibre*, Paris 1952; ID., *Le Tibre, fleuve de Rome dans l'Antiquité*, Paris 1953 (= *Il Tevere fiume di Roma nell'Antichità*, trad. it., Roma 2005); ID., *Des Romains demandaient au Tibre la guérison de leurs maux*, en *Archéologie et médecine. VII Rencontres internationales d'archéologie et d'histoire d'Antibes, 23,24,25 octobre 1986*, Juan-les-Pins 1987, 257-268; ID., *Le Tibre, fleuve guérisseur*, “DossArch” 123 (1988), 16-21. Con anterioridad, cfr. A. MOMGLIANO, *Thybris Pater*, “JRS” 29 (1939), 132-133.

<sup>47</sup> G.S. ALDRETE, *Floods of the Tiber in Ancient Rom*, Baltimore 2007.

<sup>48</sup> Dión Casio XXXVII 58,2-4: “La divinidad no ignora lo que maquinaban los futuros triunviros y mostró las cosas que pronto sucederían a aquellos que estaban en grado de comprender los signos. Sobre toda la ciudad y todo el país cayó una tempestad tan fuerte que arrancó muchísimos árboles,

así lo define Dión Casio, vino a coincidir con la constitución del primer triunvirato (Pompeyo, César y Craso) y aunque el historiador griego señala que la divinidad “no ignoraba lo que ellos maquinaban” y mostraba así claramente las cosas que tendrían lugar, como signo anticipado de lo que un día sucedería por tierra y por mar, lo cierto es que, al conocerse la *amicitia*, el fenómeno no tardaría en ser interpretado como anuncio de tiranía, abuso de poder y amenaza de la *libertas*.

De nuevo en el 57 se produjo otro desbordamiento del Tíber al que no tardó en dársele una nueva interpretación política, esta vez en relación con el asunto de Ptolomeo XII. La inundación impide la salida del cónsul Publio Cornelio Léntulo a Egipto para tratar de reponer a Ptolomeo XII Auletes en el trono de Egipto (como un siglo después impedirá la salida de Otón en su campaña contra Vitelio). Consultados los Libros Sibílicos, éstos se oponen a que el ejército romano prestara su ayuda al monarca egipcio<sup>49</sup>.

Tres años después, en el año 54, el Tíber se desborda nuevamente “debido a voluntad de algún dios”, dice Dión Casio. El pueblo romano, convencido de que la divinidad se había indisputado contra ellos (acaso por apoyar al rey de Egipto Ptolomeo) presionó al Senado para que consultara los Libros Sibílicos sin que fuera hallada en ellos ninguna recomendación<sup>50</sup>. Es

destruyendo casas y hundiendo las embarcaciones ancladas en el Tíber a su paso por Roma y en su desembocadura, destruyó el puente de madera, abatió el teatro construido para una fiesta y mató a muchísimas personas” (οὐ μέντοι καὶ τὸ δαμόνιον τὰ πραττόμενα ὑπ’ αὐτῶν ἠγγόνει, ἀλλὰ καὶ πάνυ τοῖς τι συνείναι τῶν τοιούτων δυναμένοις εὐθὺς τότε πάντα τὰ ἔπειτα ἀπ’ αὐτῶν ἐσόμενα ἐξέφηνε· χειμών τε γὰρ τοιοῦτος ἐξαίφνης τὴν τε πόλιν ὅλην καὶ τὴν χώραν ἄπασαν κατέσχευε ὥστε πάμπόλλα μὲν δένδρα πρόρριζα ἀνατραπήναι, πολλὰς δὲ οἰκίας καταρραγήναι, τὰ τε πλοῖα τὰ ἐν τῷ Τιβέριδι καὶ πρὸς τὸ ἄστυ καὶ πρὸς τὰς ἐκβολὰς αὐτοῦ ναυλοχοῦντα βαπτισθῆναι, καὶ τὴν γέφυραν τὴν ξυλίνην διαφθαρήναι, καὶ τι καὶ θέατρον πρὸς πανήγυριν τινα ἐκ θυρῶν ὀκοδομημένον ἀνετράπη, καὶ ἄνθρωποι παρὰ πάντα ταῦτα παμπληθεῖς ἀπώλοντο).

<sup>49</sup> Los dos textos fundamentales son: Luc. *Fars.* VIII 823-826: *noxia civili tellus Aegyptia fato, / haud equidem inmerito Cumanae carmine vatis / cautum, ne Nili Pelusia tangeret ora / Hesperius miles ripasque aestate tumentes*; Scholia Bern. Luc. ad *Pbars.* VIII 824: “Pues habiendo Publio Léntulo recibido en suerte la provincia de Egipto, y disponiéndose a partir, desbordado el Tíber, provocó una inundación tal que no se podía atravesar. Consultados por ello los libros de la Sibila, se encontró como expiación que el ejército no pasara a Egipto. Algunos lo interpretaron refiriéndolo a la batalla de Accio; otros, a lo que hubimos de sufrir bajo Aulo Gabinio; éste, por su parte, lo refiere a la muerte de Pompeyo”.

<sup>50</sup> Dión Casio XXXIX 61,1-2: “En ese tiempo, el Tíber, ya fuera por la excesiva lluvia caída en algún lugar por encima de la ciudad, ya fuera porque algún viento impetuoso procedente del mar había taponado su desembocadura o, lo que es más probable, según se sospechaba, por iniciativa de algún dios, trajo de repente tal cantidad de agua que inundó las zonas bajas de la ciudad y llegó a muchas de las más altas. Las casas, construidas de adobe, se empaparon y se vinieron abajo. Todas las bestias murieron en la inundación. En cuanto a los hombres, aquellos que no lograron huir a las zonas más altas se vieron atrapados en los techos o en las calles, y perecieron. Las otras casas, debido a que el desastre se prolongó durante muchos días, se debilitaron e hirieron a muchos en aquel momento y también pa-

evidente que César no quedó al margen del significado político de aquellas inundaciones dado por el *responsum*, ya que no sólo se mostró favorable al restablecimiento del monarca egipcio sino también al propio Gabinio al que nombraría legado suyo en el 49.

La *lex de Urbe augenda*, promulgada en junio del 45 para ampliar la Ciudad, le llevó a intervenir en grandes obras públicas que Cicerón nos da a conocer en una de sus cartas<sup>51</sup>. De ellas, quizá la más grandiosa era la desviación del Tíber desde el puente Milvio a lo largo de los montes vaticanos, a mi juicio en un intento de evitar los desastrosos efectos materiales y humanos de las crecidas pero que debió despertar muchos escrúpulos religiosos. Esta obra se enmarca, dentro de otros proyectos del dictador todos ellas de ingeniería hidráulica que implicaban una transformación de los cursos de agua<sup>52</sup>. A mi juicio el proyecto cesariano atentaba contra la *auguratio* pues

sado el tiempo. Los romanos, afligidos por estas calamidades, y esperando cosas aún peores porque la divinidad se había enfurecido contra ellos por haber restaurado en el trono a Ptolomeo, ardían en deseos de matar a Gabinio, aunque estaba ausente, como si fueran a sufrir menos males si se adelantaban a éstos dándole muerte. Tanta fue su insistencia que, a pesar de que no se encontró nada parecido en los Oráculos Sibilinos, el Senado dio un decreto, según el cual los magistrados y el pueblo le aplicarían el castigo más duro y cruel posible” (trad. J.J. Caerols) (κάν τούτω ὁ Τίβερις, εἴτ’ οὖν ὄμβρων ἄνω που ὑπὲρ τὴν πόλιν ἐξασιῶν γενομένων, εἴτε καὶ σφοδροῦ πνεύματος ἐκ τῆς θαλάσσης τὴν ἐκροὴν αὐτοῦ ἀνακόψαντος, εἴτε καὶ μᾶλλον, ὡς ὑποπτεύετο, ἐκ παρασκευῆς δαιμονίου τινός, τουσοῦτος ἐξαπιναιῶς ἐρρῦη ὥστ’ ἐν πᾶσι μὲν τοῖς πεδίοις τοῖς ἐν τῷ ἄστει οὐσι πελαγίσει, πολλὰ δὲ καὶ τῶν μετεωροτέρων καταλαβεῖν. αἱ τε οὖν <οἰκίαι> (ἐκ πλίνθων γὰρ συνωκοδομημένα ἦσαν) διάβροχοί τε ἐγένοντο καὶ κατερράγησαν, καὶ τὰ ὑποζύγια πάντα ὑποβρύχια ἐφθάρη. τῶν τε ἀνθρώπων ὅσοι μὴ ἐφθῆσαν πρὸς τὰ πάνυ ὑψηλὰ ἀναφυγόντες, οἱ μὲν <ἐν> ταῖς τέγαις οἱ δὲ καὶ ἐν ὁδοῖς ἐγκαταληφθέντες ἐξώλοντο. καὶ γὰρ αἱ λοιπαὶ οἰκίαι, ἅτε ἐπὶ πολλὰς ἡμέρας τοῦ θεοῦ συμβάντος, σαθραὶ τε ἐγένοντο καὶ πολλοῖς τοῖς μὲν εὐθὺς τοῖς δὲ μετὰ τοῦτ’ ἐλυμήναντο. οἱ οὖν Ῥωμαῖοι ἐπὶ τ’ ἐκεῖνοις τοῖς παθήμασι λυπούμενοι, καὶ ἕτερα χαλεπώτερα ὡς καὶ διὰ τὴν τοῦ Πτολεμαίου κάθοδον ὀργὴν σφισι τοῦ δαιμονίου πεποιημένου προσδεχόμενοι, ἠπείγοντο καὶ ἅπλῃ τὸν Γαβίνιον, ὡς καὶ ἡττόν τι, ἂν φθάσωσιν αὐτὸν ἀπολέσαντες, κακωθησόμενοι, θανατώσαι. καὶ οὕτω γε ἐντόνως ἔσχον ὥστε, καίτοι μηδενὸς τοιοῦτου ἐν τοῖς Σιβυλλείois χρησμοῖς εὐρεθέντος, ὅμως τὴν γερουσίαν πικρότατα καὶ τραχύτατα τοὺς τε ἄρχοντας καὶ τὸν δῆμον αὐτῷ χρήσασθαι προβουλεύσαι); Cic. *ad Quint.* III 5,8: “En Roma y sobre todo en la Via Apia, junto al templo de Marte, se produjo una increíble inundación. Se llevó por delante el paseo de Crásipes y los jardines y muchas tabernas; una enorme cantidad de agua llegó hasta la piscina pública. Toman fuerza los versos de Homero [*Il.* XVI 385-388] que dicen: “*el día otoñal en que con insuperable violencia vierte el agua / Zeus para manifestar su ira, rencoroso contra los hombres*” (pues coincidió con la absolución de Gabinio) “*que en la plaza dictan sentencias torcidas abusando de su poder / y destierran la justicia sin ningún miramiento por los dioses*”. Cfr. S. MAZZARINO, *Le alluvioni 54 a.C. / 23 a.C., il cognomen Augustus e la data di Hor. Carm. I 2*, “*Helikon*” 6 (1966), 621-624.

<sup>51</sup> *A ponte Mulvio Tiberim duci secundum montes Vaticanos: campum Martium coaedificari; illum autem campum Vaticanum fieri quasi Martium campum* (Cic. *ad Att.* XIII 33a).

<sup>52</sup> Suet. *Claud.* 20,1: *...item emissarium Fucini lacus portumque Ostiensem, quanquam sciret ex iis alterum ab Augusto precantibus assidue Marsis negatum, alterum a Divo Iulio saepius destinatum ac propter difficultatem omissum...*; Plut. *Caes.* 58,9: “Además de eso planeaba dar una salida a las aguas

en los libros de los augures existía la siguiente indigitación del río Tíber: *et hic ostendit non esse alveum fluminis rectum, quia Tiberim libri augurum colubrum loquuntur, tamquam flexuosum* (Serv. *ad Aen.* VIII 95). La indigitación de *Coluber* deriva ciertamente de la observación del río tal como debía presentarse desde lo alto del *auguraculum* de la roca capitolina y nos advierte que alterar su recorrido o transformarlo en un curso rectilíneo suponía un grave atentado contra la tradición augural romana.

Afrontar las obras de desviación del río durante los años en que César era único gobernante de Roma y del Imperio comportaba además gravísimos riesgos pues sabemos, especialmente gracias a los estudios de J.L. Desnier, que el desbordamiento del río fue poco a poco siendo asociado en Roma a la tiranía, a un gobierno ilegítimo: “En revanche, au moment de crises institutionnelles, politiques, et religieuses, on peut admettre que le principe de légitimité cherche à fuir un pouvoir devenu tyrannique, et que cela se manifeste alors par le biais des crues du fleuve qui vont parfois jusqu’au bris du pont. Cet événement, toujours considéré comme un prodige à connotations néfastes, pourrait être interprété comme un avertissement pour Rome, ainsi alertée d’une rupture de la pax deorum et d’une remise en question de la légitimité de son pouvoir”<sup>53</sup>.

A esta idea se añade otra muy similar en relación con el propósito de César de abrir el canal de Corinto para unir el Mar Jonio con el Mar Egeo, aspecto tratado ya en un magnífico estudio por C. Bearzot<sup>54</sup>. Posiblemente en

de las marismas que había en los alrededores de Pomecio y Secia y convertirlas en una llanura cultivable para decenas de miles de personas, oponer mediante diques una barrera a la mar en la zona más próxima a Roma y, tras limpiar la costa de Ostia de los obstáculos escondidos que hacían difícil el amarre, construir puertos y dársenas adecuadas para tan intenso tráfico marítimo. Éstos eran los proyectos que tenía en preparación” (πρὸς δὲ τούτοις τὰ μὲν ἔλη τὰ περὶ Πομεντῖνον καὶ Σητίαν ἐκτρέψας, πεδίον ἀποδείξει πολλαῖς ἐνεργὸν ἀνθρώπων μυρίασι, τῇ δ’ ἔγγιστα τῆς Ῥώμης θαλάσση κλειθρα διὰ χαμάτων ἐπαγωγῶν, καὶ τὰ τυφλὰ καὶ δύσσορμα τῆς Ὠστιανῆς ἡόνος ἀνακαθηράμενος, λιμένας ἐμποιήσασθαι καὶ ναύλοχα πρὸς τοσαύτην ἀξιόπιστα ναυτιλίαν. καὶ ταῦτα μὲν ἐν παρασκευαῖς ἦν). Sobre la modificación del río y su trazado rectilíneo, cfr. las recientes observaciones de P. LIVERANI, *Cesare urbanista*, en *Giulio Cesare. L’uomo, le imprese, il mito*, Milano 2008, 50.

<sup>53</sup> DESNIER, *Les débordements...*, 513-522. Sobre el desbordamiento como prodigio en época augustea: I. BECHER, *Tiberüberschwemmungen. Die Interpretation von Prodigien in Augusteischer Zeit*, “Klio” 67 (1985), 471-479.

<sup>54</sup> C. BEARZOT, *Cesare e Corinto*, en G. URSO (ed.), *L’ultimo Cesare. Scritti riforme progetti poteri congiure*, Roma 2000, 35-53. Sobre la Corinto romana: J. WISEMAN, *Corinth and Rome*, en *ANRW* II.7.1 (1979), 438-458. Bearzot recoge en su estudio las siguientes fuentes:

1. Suet. *Div. Iul.* 44,3: *...siccare Pomptinas paludes; emittere Fucinum lacum; viam munire a mari Supero per Appennini dorsum ad Tiberim usque; perfodere Isthmum;*

2. Plut. *Caes.* 58,4-5: “Pero su afán innato de grandeza y su ambición no le permitían disfrutar de los éxitos conseguidos con gran esfuerzo: al contrario, dichos éxitos lo inflamaban y enardecían de cara al futuro, y le hacían concebir empresas cada vez mayores y ansias de renovada gloria, como si ya estuviera

este como en otros proyectos César pudo haberse inspirado en la figura de uno de sus muchos modelos, Mario, cuyos soldados excavaron fuera de Italia, entre los años 104 y 102 a.C. el célebre canal conocido como la *Fossa Mariana* que unía el mar con el Ródano a la altura de Arles. Dicha obra permitió a las naves romanas abastecer al ejército sin tener que afrontar los riesgos de los bancos de arena y las corrientes que obstruían la desembocadura del río. Pero con el trabajo de la Fossa Mariana, Mario pretendía demostrar que la facción popular en general y él en particular eran capaces de erigir obras públicas tan útiles como las hechas en el transcurso del predominio senatorial por los optimates encabezados por sus grandes enemigos, los Cecilios Metelos. En las fuentes dicha iniciativa es sin embargo presentada como un acto de ὕβρις, como un indicio de aquella megalomanía de la que tantas veces la oposición optimate acusaba a César y quizá también de impiedad. Considerado por todos los autores como algo irrealizable, las fuen-

saciado de la presente. Esta pasión no era otra cosa que emulación consigo mismo, igual que si hubiera otro con quien competir y una especie de rivalidad entre lo ya hecho y lo que iba a hacer” (ἐπεὶ δὲ τὸ φύσει μεγαλοῦργόν αὐτοῦ καὶ φιλότιμον αἱ πολλὰ κατορθώσεις οὐ πρὸς ἀπόλαυσιν ἔτροπον τῶν πεπονημέτων, ἀλλ’ ὑπέκκαυμα καὶ θάρσος οὖσαι πρὸς τὰ μέλλοντα μειζόνων ἐνετικτον ἐπινοίας πραγμάτων καὶ καινῆς ἔρωτα δόξης, ὡς ἀποκεχρημένῳ τῇ παρουσίᾳ, τὸ μὲν πάθος οὐδὲν ἦν ἕτερον ἢ ζήλος αὐτοῦ καθάπερ ἄλλου καὶ φιλονικία τις ὑπὲρ τῶν μελλόντων πρὸς τὰ πεπραγμένα); 58,8-9: “Entre medias de estos proyectos de guerra se proponía excavar el istmo de Corinto abriendo un paso, empresa que puso en manos de Anieno, y recoger el Tiber nada más salir de la ciudad en un profundo canal, desviarlo hacia Circeo y hacerlo desembocar en el mar cerca de Terracina, proporcionando un ingenio seguro y sencillo para los comerciantes que frecuentaban Roma” (διὰ μέσου δὲ τῆς στρατείας τὸν τε Κορίνθιον Ἴσθμὸν ἐπεχειρεῖ διασκάπτειν, Ἀνιηνὸν ἐπὶ τούτῳ προχειρισάμενος, καὶ τὸν Τίβερην εὐθὺς ἀπὸ τῆς πόλεως ὑπολαβὼν διώρυχί βαθεῖα καὶ περικλάσας ἐπὶ τὸ Κιρκαῖον ἐμβολεῖν εἰς τὴν πρὸς Ταρρακίην θάλατταν, ἀσφάλειαν ἄμα καὶ ῥαστώνην τοῖς δι’ ἐμπορίας φοιτῶσιν εἰς Ῥώμην μηχανώμενος);

3. Plin. NH IV 4,10: ... *longo et ancipiti navium ambitu quas magnitudo plaustri transvehi prohibet. Quam ob causam perfodere navigabili alveo angustias eas temptavere Demetrius rex, dictator Caesar, Gaius princeps, Domitius Nero, nefasto, ut omnium exitu patuit, incepto;*

4. Dión Casio XLIV 5,1: “Después de que César aceptara tales honores, decretaron que desecase las llanuras Pontinas, que cortase el Istmo de Corinto, que construyese una nueva sede para el senado, porque la curia Hostilia, si bien había sido restaurada, había sido demolida” (ὡς δὲ ταῦτα ἐδέξατο, τὰ τε ἔλη οἱ τὰ Πομπτῖνα χῶσαι καὶ τὸν ἰσθμὸν τὸν τῆς Πελοποννήσου διορύξει βουλευτήριόν τε τι καινὸν ποιῆσαι προσέταξαν ἐπειδὴ τὸ Ὀστίλιον καίπερ ἀνοικοδομηθὲν κατηρέθη).

Son interesantes al respecto unos versos de un poema de Estacio compuesto con motivo de la construcción de la Via Domitiana (que, siguiendo el trazado de una antigua vía, inutilizada por las marismas y los arenales, acortaba la ruta entre Nápoles y la Via Apia, evitando el rodeo por Capua): “Tantas manos podrían excavar el monte Atos y cerrar con dique no flotante el piélago sobrio de la gimiente Hele. Pequeño para ellas, el istmo de Ino habría unido los mares si no lo prohibieran las aves agoreras” (*Silv.* IV 2,56-60). El poeta hace alusión a tres grandes proyectos: el monte Atos, el cruce del Helesponto mediante el puente de naves que tendió Jerjes y, por último, el canal del Istmo de Corinto (Ino, perseguida por Atamente se arrojó al mar cerca de Corinto donde fue objeto de culto). La apertura del canal por griegos y romanos parece vedada por las aves siniestras, es decir, por la voluntad de Júpiter.

tes procesarianas lo atribuían a una iniciativa del senado, inspirado por los adversarios de César. Es un proyecto en la línea de otras actuaciones impías y autocráticas que parece subvertir las leyes naturales e ir más allá de los límites concedidos a la naturaleza humana.

La construcción de canales para desviar o derivar cursos de agua, el proyecto de Corinto, eran actos de impiedad que le valieron a César ser comparado con Jerjes quien como es sabido aisló mediante un canal el monte Atos (Herod. VII 24). Se trataba, en cualquier caso de una acusación que también se dirigió en su época contra hombres como Lúculo al que Pompeyo llamó *Xerxes togatus* a causa de los canales y estanques que hizo levantar en una de sus propiedades, cerca de Nápoles. Como el rey persa, Lúculo habría incurrido, a los ojos de sus enemigos, no sólo en la *τροπή* sino también en un acto de *ὑβρις*<sup>55</sup>.

Creo, por último, que muchas de las dificultades que César tuvo en Roma en el ámbito de los prodigios se explican por la oposición de los quincevíros cuyos Libros Sibílicos encerraban muchos oráculos y expiaciones en relación con el Tíber y, en general, con los ríos<sup>56</sup>. César no creía en el significado religioso del desbordamiento, ni que éste mereciera la consideración de prodigio lo que cual le valió la oposición de los quincevíros abiertos partidarios, como intérpretes de la colección sagrada, de dicha interpretación. Será la misma actitud que dicho colegio sacerdotal mantenga frente al emperador Tiberio ante la crecida del Tíber del año 15 d.C.<sup>57</sup>

Es preciso tener en cuenta, en este sentido, que César, aunque *pontifex maximus* y augur nunca revistió el sacerdocio decenviral y los Libros Sibílicos pudieron ponerle tanto fuera como especialmente dentro de Italia en algunas dificultades. Durante el consulado de Apio Claudio y Quinto Metelo, en el 143 a.C., con ocasión de una derrota inflingida por los sálasos a los romanos, los decenviros anunciaron haber encontrado en los Libros Sibílicos que siempre que Roma se dispusiera a hacer la guerra contra los galos debería ofrecer un sacrificio en las fronteras<sup>58</sup>. Es evidente que este término tiene una acepción geográfica – ríos, cadenas montañosas – más que política pero, en cualquier caso, no tenemos constancia de que durante la conquista de la

<sup>55</sup> M. ROCCHI, *Serse e l'«Acqua Amara» dell'Ellesponto* (Hdt. 7, 35), en *Perennitas. Studi in Onore di Angelo Brelich*, Roma 1980, 417-429; G. GUASTELLA, *Un ponte sull'impossibile: da Serse a Caligola*, "StudUrb(B)" 63 (1990), 85-103.

<sup>56</sup> Sobre los ríos en los oráculos y particularmente en los Libros Sibílicos, cfr. S. MONTERO, *El emperador y los ríos: técnica, religión y oposición política en la antigua Roma* (en prensa).

<sup>57</sup> Cfr. S. MONTERO, *Ingeniería hidráulica y religión: un enfrentamiento en época de Tiberio*, en T. NOGALES - P. FERNÁNDEZ URIEL, *Ciencia y Tecnología en el mundo antiguo*, Mérida 2007, 229-240.

<sup>58</sup> *Cum a Salassis illata clades esset Romanis, decemviri pronuntiauerunt se invenisse in Sibyllinis, quotiens bellum Gallis illaturi essent, sacrificari in eorum finibus oportere* (Obs. 21).



Galia César obedeciera esta vieja prescripción sacerdotal.

Pero todavía hay más. En su oración fúnebre en honor de su tía Julia pronunciada en el 69, César hizo recordar públicamente su filiación a través de ella con el rey Anco Marcio. Pues bien, un destacado miembro de esta misma *gens* de los *Marcii*, Q. Marcio Rex, pretor en el año 144 a.C., trató de llevar agua a Roma a través del Anio y del Aqua Marcia, que llevaba su nombre. Frontino nos dice que los decéviros, tras consultar los Libros Sibílinos, “habían descubierto que no era del agrado de los dioses llevar al Capitolio la conducción Marcia”<sup>59</sup> y se opusieron frontalmente a la iniciativa del pretor.

En definitiva, creo que la actitud de César, enfrentándose al prodigio y sus consecuencias en la política con las armas de la técnica y del conocimiento del medio, bien puede calificarse de audaz. Fue precursor de muchos emperadores romanos que siendo pontífices máximos como él se vieron obligados a optar entre la identificación del desbordamiento del Tíber como prodigio y la celebración de su correspondiente expiación o la realización de las obras hidráulicas en su curso que evitaran sus catastróficos efectos a la población de Roma. Es una lucha – en la que César se implica personalmente interviniendo en los contratos de construcción – de los ingenieros y técnicos en este tipo de obras contra los quinceviros y la superstición popular con el apoyo de la oposición política. Medio siglo después de la muerte del dictador, tras el desbordamiento del Tíber en el año 15 d.C., legaciones de las ciudades de Florentia, Interamna y Reate se desplazaron ante el Senado romano al conocer el propósito del emperador Tiberio de desviar el curso del río, retomando probablemente los planes de César. Los delegados dieron a conocer su oposición al proyecto alegando que “había que considerar las tradiciones religiosas ..., que habían dedicado a los ríos patrios templos, bosques y aras; aún más, el propio Tíber no querría correr con menor gloria privado de sus afluentes”<sup>60</sup>. El proyecto fue suspendido, dice Tácito, ante las

<sup>59</sup> <Marcius pri>ores ductus restituit et tertiam illis uberiores <aquam per>duxit, cui ab auctore Marciae nomen est. Legimus apud Fenestellam, in haec opera Marcio decretum sestertium milies octingenties, et quoniam ad consummandum negotium non sufficebat spatium praeturae, in annum alterum est prorogatum. Eo tempore decemviri, dum aliis ex causis libros Sibyllinos inspiciunt, invenisse dicuntur, non esse fas aquam Marciam seu potius Anionem (de hoc enim constantius traditur) in Capitolium perducere, deque ea re in senatu ... pro collegio verba faciente actum... (Frontin. *Aq.* 7,4-5). Anco Marcio es el monarca al que una sólida tradición atribuye la construcción del *pons Sublicius* (Liv. I 33,9; D.H. III 48,1-2; Plut. *Num.* 9; Flor. I 1) así como el padre del primer acueducto (Plinio). Un miembro de esta misma gens de los Marcii, Q. Marcus Rex, es quien dirige el agua del Anio a Roma a través del Aqua Marcia en el 144. Plinio confunde los dos nombres: en *NH XXI* 3,41 atribuye el acueducto a Anco Marcio y en *XXXVI* 121 a Q. Marcus Rex. Sobre el Aqua Marcia: M.G. MORGAN, *The introduction of the Aqua Marcia in Rome 144 - 140 BC*, “*Philologus*” 122 (1978), 25-56.

<sup>60</sup> Actum deinde in senatu ab Arruntio et Ateio an ob moderandas Tiberis exundationes verterentur flumina et lacus, per quos augescit; auditaque municipiorum et coloniarum legationes, orantibus Floren-

dificultades de la obra y el triunfo de la superstición.

Pero las aguas y sus connotaciones sacrales persiguieron a César incluso después de su asesinato. Como el de Tiberio Graco, el cuerpo de César quiso ser llevado al Tíber por sus enemigos para ser arrojado a sus aguas (*fuera animus coniuratis corpus occisi in Tiberim trahere*: Suet. *Div. Iul.* 82,4) si bien el plan fue frustrado por los seguidores de César y particularmente por Antonio en la sesión del senado del 17 de marzo. Basándose en una vieja costumbre religiosa, el sentido político de aquel intento era claro: la tradición expiatoria acostumbraba a arrojar al Tíber al *monstrum*, es decir, a los seres humanos y animales con malformaciones, anuncio de la ruptura de la *pax deorum*. El término, desde el bando optimato, abandona su sentido religioso para cobrar otro de carácter político<sup>61</sup>. El cuerpo del dictador en el agua hubiera contribuido a alimentar su imagen de tirano.

Si los dioses habían mostrado su indignación ante el asesinato de Pompeyo haciendo que las aguas del Nilo bajaran alarmantemente hasta cinco codos (*minimum [incrementum] V Pharsalico bello, veluti necem Magni prodigio quodam flumine aversante*: Plin. *NH* V 58), también dejaron sentir su horror ante el sacrílego asesinato del pontífice máximo: las aguas del Tíber se desbordaron a su paso por Roma como recuerda Horacio (*scelus ... Caesaris ultor*: *Carm.* I 2,29.44) mientras el Po, desbordado también, dejaba en tierra una enorme cantidad de víboras<sup>62</sup>.

*tinis ne Clanis solito alveo demotus in amnem Arnun transferretur idque ipsis perniciem adferret. Congruentia bis Interammates disseruere: pessum ituros fecundissimos Italiae campos, si amnis Nar (id enim parabatur) in rivos diductus superstagnavisset. Nec Reatini silebant, Velinum lacum, qua in Narem effunditur, obstrui recusantes, quippe in adiacentia erupturum; optume rebus mortalium consuluisse naturam, quae sua ora fluminibus, suos cursus utque originem, ita finis dederit; spectandas etiam religiones sociorum, qui sacra et lucos et aras patriis amnibus dicaverint: quin ipsum Tiberim nolle prorsus accolis fluvii orbatum minore gloria fluere. Seu preces coloniarum seu difficultas operum sive superstitio valuit, ut in sententiam Pisonis concederetur, qui nil mutandum censuerat* (Tac. *Ann.* I 79,1-3).

<sup>61</sup> El término *monstrum* pertenece pues, en origen, al léxico religioso e indica el prodigio que emana de la voluntad de los dioses, un ser cuya deformidad o anomalía física constituye una advertencia (*moneo*): *ut Aelius Stilo interpretatur, a monendo dictum est, velut monstrum. Item Sinius Capito, quod monstret futurum et moneat voluntatem deorum* (Fest. 122). Los filólogos modernos también hacen derivar *monstrum* de *monere*, en el sentido de “objeto que es una advertencia”. Las aguas del Tíber se encargan de hacer desaparecer al *monstrum*, de eliminarlo, lo cual no es una casualidad pues en la definición de Plinio también el río es un “adivino advertidor”.

<sup>62</sup> Virg. *Georg.* I 481-483: *proluit insano contorquens vertice silvas / fluviorum rex Eridanus camposque per omnes / cum stabulis armenta tulit*; Obs. 68: *hostiae grex piscium in siccio reciproco maris fluxu relictus. Padus inundavit et intra ripam refluens ingentem viperarum vim reliquit*. Cfr. Dió Casio XLV 17.